

«Días de Chagall», en la ensoñación de «Barbecho» o en los deseos y las geografías de «Estambul/Estocolmo».

Atlantic City, Nueva Orleáns, Buenos Aires, Memphis, Estambul, Estocolmo, París, ciudades y viajes del presente imaginario que forma la conciencia («Toronto. Canadá. La habitación es la estación de tren. Gente. Prisas. Despedida. Anuncios por megafonía que no se entiende. No sé qué significado puede tener que te hayas citado conmigo en la cafetería de una estación. Dices que te llamas Margot. Es la cuarta vez que cambias de nombre en un mes» —p. 92). La irrealidad de la palabra poética unida a la ficción del viaje. Juego de ilusiones, doble mentira que produce una verdad. De tal matemática esperamos algún modo de precisión, de exactitud. Buscando la pertinencia de cada alusión, el lector utiliza sus propias referencias, sus hitos personales, los pormenores, los sonidos y las palabras donde reconocemos el espacio de nuestra experiencia. Como un patio interior donde se mezclan las intimidades de toda la comunidad, así el poema crea un «yo» habitable, enfatizando la referencia reconocible y común entre detalles más crípticos. Descubrimos entonces que lo que llamamos identidad, es, en último término, una mentira piadosa que rellena el reverso blanco de toda biografía: «Miedo a desmoronarse. Miedo al miedo» (p. 110)

—y, significativamente, el temor a ese vacío del ser se expresa con palabras de terceros, en este caso, Raymond Carver. En definitiva, hablar de sí y del otro, sobre todo del otro, para darle espesor al «yo». *Historias somalíes* trae a la memoria un anagrama cabalístico, según el cual, en hebreo la palabra «nada» (*ain*) se escribe con las mismas letras que la palabra «yo» (*ani*). En ese sentido, esta poesía intenta dejar constancia de aquello que nos aleja del vacío, para evitar la vacuidad de los hábitos diarios y el ruido que nos acompaña, lo informe: «Doy con el mensaje que desentraña las desapariciones, voy apuntando todos los objetos capaces de traernos otra vez hasta nosotros mismos: la foto de la chica muerta, el libro que eres incapaz de terminar» (p. 25).

En efecto, «cualquier objeto, cualquier escenario pueden compararse con un ser vivo sin mucho esfuerzo» (p. 45) de tal modo que nombrar se asemeja a retener algo que se va y, más aún, darle cuerpo y sentido vital a lo que calla, a lo olvidado, al que desaparece, a lo deseado. «La distancia es un sentimiento silencioso y obsesivo. Discreto y constante. Sé quien no habla nunca. Piensa para que vivan» (p. 46). Por eso, la poesía de Fernando Menéndez da una oportunidad al lector para completar un recorrido sólo iniciado, incompleto por abierto. Hay en su escritura cierto tono

amable que invita a la compañía: «Con un lápiz dibujó un río y al lado un árbol. Se vio cruzando el río, subido al árbol. Eligió una ciudad en el mapa. Dejó de pensar en sí mismo» (p. 100). El otro, el lector, el doble. El itinerario se presta a múltiples lecturas, iluminaciones y oscuridades. Unos versos de Bernard Noël lo dicen: «a cada quien su ración de sombra para vestirse de imagen». El autor toma la distancia que puede para abrir su discurso a otras presencias. En los mejores textos esa tensión entre lo propio y lo ajeno, entre intimidad y distancia, une con exactitud algunas palabras con el sentido sentimiento del amor, del hogar, de la ciudad, del desamparo.

Historias somalíes transcurre sobre un ritmo suave y cadencioso que exige demora y relectura con la brevedad como contrapartida. Tal vez porque la voluntad de sencillez, como el blues, busca acompañarse a la respiración, del mismo modo el poema se va haciendo de a poco («Nina tiene una sonrisa perfecta. Las manos muy blancas», p. 32) conforme a un moroso ensimismamiento, para finalizar, sin más, en espera de otro encuentro.

Alfonso Fernández García

Nacionalismos*

Nacionalismo es el último libro que escribió Ernest Gellner (1925-1995). Algo sabía del tema en sus dos vertientes: era judío (el modelo de los nacionalismos es el Antiguo Testamento con su noción de pueblo elegido), nacido en París y criado en Praga y en varias lenguas. El nazismo lo obligó a exilarse en 1939. En su final reflexión, Gellner se pregunta por qué persiste el fenómeno nacionalista en un mundo aparentemente preparado para su extinción. En efecto, desde la Ilustración y, más concretamente, desde el liberalismo y el socialismo, Marx y Weber, la industrialización modernizante y urbana parece extinguir las bases sociales de los particularismos nacionalistas, promoviendo la movilidad social, la competitividad, la meritocracia, el individualismo, la apertura expansiva. Todo ello es el calco negativo de la sociedad jerárquica, inmodificable, aislada, ensimisma-

* Ernest Gellner: *Nacionalismo*, traducción de Ferran Meller, Destino, Barcelona, 1998, 199 pp; Jon Juaristi: *El linaje de Aitor*, Taurus, Madrid, 1998, 343 pp.

da y tribal que los nacionalismos proponen. ¿Por qué no responde el efecto a la causa en este mundo de la competitiva globalización multinacional y librecambista?

La respuesta de Gellner es que existen elementos más profundos y, por ello, más oscuros y permanentes, que demuestran su fuerza a través de la historia: la tendencia a lo peculiar, a distinguirse y no parecerse como grupo a los demás, la visión de cerca, la exclusión del extraño, finalmente: el no soportar la existencia del otro, la intolerancia.

En contra de sus sostenedores, Gellner entiende que el nacionalismo no es universal ni necesario. En contra de sus censores (entre los cuales, doctrinariamente, se cuenta), que tampoco es contingente y accidental. De todos modos, el enfoque ilustrado le parece erróneo: el nacionalismo no proviene de la falta de Luces. La Alemania nazi no era un país primitivo y atrasado ni sus grandes cálculos guerreros y sus planes genocidas fueron el emergente de un arrebató emocional. Por el contrario, resultaron de la reflexión fría y la racional aplicación de métodos científicos de guerrear y exterminar.

Más al fondo, el error de la modernidad (sigo siempre a Gellner) es haber intentado la total secularización de la vida, que equivale a su contrario: si todo es pro-

fano, nada es profano y da lo mismo que todo sea sagrado. La secularización cobra sentido si se mantiene alguna zona sagrada. De lo contrario, cualquier aplastante categoría como la Historia, la Humanidad o el Progreso, se diviniza y lleva a la hipóstasis de un poder que se quiso, en principio, secular.

En esto, mal que nos pese, el Islam nos lleva una ventaja, porque conserva la distinción entre lo sagrado y lo profano. Lo primero es ajeno al mundo, trascendente. De tal modo, se evita el peligro de divinizar la historia, como ha ocurrido con el totalitarismo occidental. Desde luego, tiene entre los musulmanes sus excelentes imitadores integristas.

Por lo tanto, los nacionalismos, que se consideran universales, no lo son, pero el nacionalismo sí lo es. El vínculo social básico es, para el nacionalismo, la semejanza cultural, lo que se denomina una nación. Sólo sus miembros pueden pertenecer a ella, valga la paradoja, y tienen el deber de hacerlo. El otro es considerado extranjero y excluido desde siempre y para siempre. «Los vascos no pueden ser españoles, ni aunque lo quieran» decía el olímpico señor de Arana y Goiri.

Es oportuna, en este orden, la reedición del libro de Juaristi, conocido desde 1987 y ahora